

Tal ardimiento, fuerza y energía ;
Y por el polvo vil huye arrastrado
El cuello, que tal vez bajo el arado
Era de alguna rústica familia
Útil sostenedor.—En tanto el pueblo
Con tumulto alegrísimo celebra
Del gladiador estúpido la hazaña.
¡Espectáculo atroz, mengua de España!

AL OCÉANO.

¡Qué! ¡De las ondas el hervor insano
Mece por fin mi pecho estremecido!
¡Otra vez en el mar!..... Dulce á mi oído
Es tu solemne música, Oceano.
¡Oh! ¡Cuántas veces en ardientes sueños
Gozoso contemplaba
Tu ondulación, y de tu fresca brisa
El aliento salubre respiraba!
Elemento vital de mi existencia,
De la vasta creación mística parte,
¡Salve! Felice torno á saludarte
Tras once años de mortal ausencia.

¡Salve otra vez! Á tus volubles ondas
Del triste pecho mío
Todo el anhelo y esperanza fio.
Á las orillas de mi fértil patria
Tú me conducirás donde me esperan,
Del campo entre la paz y las delicias,
Fraternales caricias,
Y de una madre el suspirado seno.

Me oyes, ¡benigno mar! De fuerza lleno
En el triste horizonte nebuloso,
Tiende sus alas aquilón fogoso,

Y las bate : la vela estremecida
Cede al impulso de su voz sonora,
Y cual flecha del arco despedida,
Corta las aguas la inflexible prora.
Salta la nave como débil pluma,
Ante el fiero Aquilón que la arrebató,
Y en torno, cual rugiente catarata,
Hierven montes de espuma.

¡Espectáculo espléndido, sublime
De rumor, de frescura y movimiento;
Mi desmayado acento
Tu misteriosa inspiración reanime!
Ya cual mágica luz brillar la siento;
Y la olvidada lira
Nuevos tonos armónicos suspira.
Pues me torna benéfico tu encanto
El don divino que el mortal adora,
Tuyas, glorioso mar, serán ahora
Estas primicias de mi nuevo canto.

¡Augusto primogénito del Caos!
Al brillar ante Dios la luz primera,
En su cristal sereno
La reflejaba tu cerúleo seno :
Y al empezar el mundo su carrera,
Fué su primer vagido,
De tus hirvientes olas agitadas
El solemne rugido.

Cuando el fin de los tiempos se aproxime,
Y al orbe desolado
Consuma la vejez, tú, mar sagrado,
Conservarás tu juventud sublime.
Fuertes cual hoy, sonoras y brillantes,
Llenas de vida férvidas tus ondas,
Abrazarán las playas resonantes,
Ya sordas á tu voz : tu brisa pura
Gemirá triste sobre el mundo muerto,

Y entonarás en lúgubre concierto
El himno funeral de la natura.

¡Divino esposo de la madre tierra!
Con tu abrazo fecundo,
Los ricos dones desplegó que encierra
En su seno profundo.
Sin tu sacro tesoro, inagotable,
De humedad, y de vida,
¿Qué fuera?—Yermo estéril, pavoroso,
De muerte y aridez sólo habitado.
Suben ligeros de tu seno undoso
Los vapores que en nubes condensados,
Y por el viento aligero llevados,
Bañan la tierra en lluvias deliciosas,
Que al moribundo rostro de natura
Tornando la frescura,
Ciñen su frente de verdor y rosas.

¡Espejo ardiente del sublime cielo!
En ti la luna su fulgor de plata
Y la noche magnífica retrata
El esplendor glorioso de su velo.
Por ti, férvido mar, los habitantes
De Venus, Marte ó Júpiter, admiran
Coronado con luces más brillantes
Nuestro planeta que tus brazos ciñen;
Cuando en tu vasto y refulgente espejo
Mira el sol de su hoguera inextinguible
El áureo, puro, vívido reflejo.

¿Quién es, sagrado mar, quién es el hombre
Á cuyo pecho estúpido y mezquino
Tu majestuosa inmensidad no asombre?
Amarte y admirar fué mi destino
Desde la edad primera:
De juventud apasionada y fiera
En el ardor inquieto,
Casi fuiste á mi culto noble objeto:

Hoy á tu grata vista, el mal tirano
Que me abrumaba, en delicioso olvido
Me deja respirar.—Dulce á mi oído
Es tu solemne música, Oceano.

LA ESTACIÓN DE LOS NORTES.

Téplase ya del fatigoso estío
El fuego abrasador: del yerto polo
Del septentrión los vientos sacudidos,
Envueltos corren entre niebla obscura,
Y á Cuba libran de la fiebre impura.

Ruge profundo el mar, hinchado el seno,
Y en golpe azotador hiere las playas:
Sus alas baña céfiro en frescura,
Y vaporoso transparente velo
Envuelve al sol, y rutilante cielo.

¡Salud, felices días! Á la muerte
La ara sangrienta derribáis que Mayo
Entre flores alzó: la acompañaba
Con amarilla faz la fiebre impía,
Y con triste fulgor resplandecía.

Ambas veían con adusta frente
De las templadas zonas á los hijos
Bajo este cielo ardiente y abrasado:
Con sus pálidos cetros los tocaban,
Y á la huesa fatal los despeñaban.

Mas su imperio finó: del Norte el viento
Purificando el aire emponzoñado,
Tiende sus alas húmedas y frías,
Por nuestros campos resonando vuela
Y del rigor de Agosto los consuela.

Hoy en los climas de la triste Europa
Del aquilón el soplo enfurecido
Su vida y su verdor quita á los campos,
Cubre de nieve la desnuda tierra,
Y al hombre yerto en su mansión encierra.

Todo es muerte y dolor: en Cuba empero
Todo es vida y placer: Febo sonrío
Más templado entre nubes transparentes,
Da nuevo lustre al bosque y la pradera,
Y los anima en doble primavera.

¡Patria dichosa! ¡Tú, favorecida
Con el mirar más grato y la sonrisa
De la divinidad! No de tus campos
Me arrebate otra vez el hado fiero.
Lúzcame ¡ay! en tu cielo el sol postrero.

¡Oh! ¡Con cuánto placer, amada mía,
Sobre el modesto techo que nos cubre
Caer oímos la tranquila lluvia,
Y escuchamos del viento los silbidos,
Y del distante Oceano los bramidos!

Llena mi copa con dorado vino,
Que los cuidados y el dolor ahuyenta:
Él, adorada, á mi sedienta boca
Muy más grato será de ti probado,
Y á tus labios dulcísimos tocado.

Junto á ti reclinado en muelle asiento
En tus rodillas pulsaré mi lira,
Y cantaré feliz mi amor, mi patria,
De tu rostro y de tu alma la hermosura,
Y tu amor inefable y mi ventura.

AL COMETA DE 1825.

Planeta de terror, monstruo del cielo,
Errante masa de perennes llamas,
Que iluminas é inflamas
Los desiertos del éter en tu vuelo;
¿Que universo lejano
Al sistema solar hora te envía?
¿Te lanza del Señor la airada mano
Á que destruyas en tu curso insano
Del mundo la armonía?

¿Cuál es tu origen, astro pavoroso?
El sabio laborioso
Para seguirte se fatiga en vano,
Y más allá del invisible Urano
Ve abismarse tu carro misterioso.
¿El influjo del Sol allá te alcanza,
Ó una funesta rebelión te lanza
Á ilimitada y férvida carrera?
Bandido inquietable de la esfera,
¿Ningún sistema habitas,
Y tan cerca del Sol te precipitas
Para insultar su majestad severa?

Huye su luz, y teme que indignado
Á su vasta atracción ceder te ordene
Y entre Jove y Saturno te encadene,
De tu brillante ropa despojado;
Mas si tu curso con furor completas
Y le hiere tu disco de diamante,
Arrojarás triunfante
Al sistema solar nuevos planetas.

Astro de luz yo te amo. Cuando mira
Tu faz el vulgo con asombro y miedo,
Yo al contemplarte ledo,

Elévome al Creador; mi mente admira
Su alta grandeza y tímida le adora.
Y no tan solo ahora
En mi alma dejas impresión profunda.
Ya de la noche en el brillante velo,
De mi niñez en los ardientes días,
Á mi agitada mente parecías
Un volcán en el cielo (1).

El ángel silencioso
Que hora inocente dirección te inspira
Se armará del Señor con la palabra,
Cuando en el libro del destino se abra
Una sangrienta página de ira.
Entonces furibundo
Chocarás con los astros, que lanzados
Volarán de sus órbitas, hundidos
En el éter profundo;
Y escombros abrasados
De mundos destruidos,
Llevarán el terror á otro sistema.....
Tente, Musa, respeta el velo obscuro
Con que de Dios la majestad suprema
Envuelve la región de lo futuro.
Tú, cometa fugaz, ardiente vuela,
Y á millones de mundos ignorados
El Hacedor magnífico revela.

ÚLTIMOS VERSOS.

¡Oh Dios infinito! ¡Oh verbo increado,
Por quien se crearon la tierra y el cielo,
Y que hoy entre sombras de místico velo

(1) Aquí se supone que el cometa de 1825 es el mismo que con tanto brillo apareció en el año de 1811.

Estás impasible, mudo en el altar!

Yo te adoro: en vano quieren sublevarse
Mi razón rebelde y cuatro sentidos:
De Dios el acento suena en mis oídos
Y Dios á los hombres no puede engañar.

Mi fe te contempla, como si te viese
Cuando por la tierra benéfico andabas
Curando mil males, y al hombre anunciabas
El reino celeste, la vida sin fin;

Ó en aquel momento que arrancó á la tumba
Al huérfano joven tu palabra fuerte,
Cuando abrió sus garras la atónita muerte
Y gimió de gozo la viuda en Naim.
¡Redentor divino! Mi alma te confiesa
En el sacramento que nos has dejado,
De pan bajo formas oculto, velado,
Víctima perenne de inefable amor.

Cual si te mirase sangriento, desnudo,
Herido, pendiente de clavos atroces
Morir entre angustias é insultos feroces,
Entre convulsiones de horrendo dolor.

¡Señor de los cielos! ¡Cómo te ofreciste
Á tan duras penas y bárbaros tratos
Por tantos inicuos, por tantos ingratos,
Que aun hoy te blasfeman, ¡oh dulce Jesús!

Yo, si bien cargado con culpas enormes,
Mi Dios te confieso, mi Señor te llamo,
Y humilde gimiendo mi parte reclamo
De la pura sangre que emana tu cruz.

¡Extiende benigno tu misericordia
(La misma, Dios bueno, que usaste conmigo)
Á tanto infelice que es hoy tu enemigo
Y alumbre sus almas triunfante la fe!

Ojalá pudiera mi pecho afectuoso
Por todos servirte, por todos amarte,
De tantas ofensas fiel desagraviarte.....
¿Mas cómo lograrlo ¡miseró! podré?

Permite á lo menos que mi labio impuro
Una su voz débil á los sacros cantos

Con que te celebran ángeles y santos,
Y ellos, Dios piadoso, te alaben por mí.
Mis súplicas oye: aumenta en mi pecho
Tu amor, Jesús mío, la fe, la esperanza,
Para que en la eterna bienaventuranza,
Te adore sin velo, y goce de ti.

D. JOSÉ JACINTO MILANÉS.